

La mala suerte

Cuando se hubo ido el último invitado, Flora miró hacia el techo y se dijo 'un día más que he sobrevivido'. Era su decimotercer cumpleaños. Detestaba estas fiestas pero no podía negarse a realizarlas; su madre le había explicado que no festejar era asegurarse un año de mala suerte.

Pasaron los años con sus respectivos festejos de aniversario; como es evidente, Flora seguía detestando esas reuniones, pero cuanto más crecía más dedicación y empeño ponía en que cada una fuera la mejor.

A la mañana siguiente de su vigésimo cuarto cumpleaños -después de la respectiva fiesta- estaba en su trabajo, tranquila tranquilísima. Era una mujer que se tomaba su tiempo para todo menos para las cosas importantes. Jeremías, un compañero de oficina por el que Flora suspiraba desde hacía tiempo, estaba de pie junto a ella, pidiéndole una cita. No, no podía ser cierto. Siempre había soñado con que eso sucedería; él, el más lindo de todo el lugar la había mirado. Aceptó sin pensarlo, más deprisa que rápido.

Mientras estaban cenando, entre risas él le dijo que le parecía patético que una persona festejara su cumpleaños si no deseaba hacerlo y que cuando ella habló en tercera persona de una amiga que lo hacía para no atraer a la mala suerte, sus risas fueron en aumento.

Cuando al año siguiente decidió no festejarlo, después de un año de noviazgo con Jeremías, comprendió que no pasaba nada. No se había caído el cielo y su casa y su trabajo seguían inmutables al igual que su amor por el más lindo de la oficina.

Al mes Jeremías y ella rompieron después de una durísima disputa y su vida se desplomó. Esa ruptura le hizo tanto daño que incluso tuvo que cambiar de trabajo; por uno que le gustaba menos, donde ganaba mucho menos pero donde, por lo menos, no tenía que encontrarse con Jeremías. Cuando un año más tarde, después de haber repuntado y de acomodar su corazón nuevamente recordó esa ruptura una tremenda carcajada la sacudió: el día anterior a la ruptura, habían festejado el cumpleaños de Jeremías.

La mala suerte

Cuando se hubo ido el último invitado Flora miró hacia el techo y se dijo un día más que he sobrevivido Era su decimotercer cumpleaños. Detestaba estas fiestas pero no podía negarse a realizarlas su madre le había explicado que no festejar era asegurarse un año de mala suerte

Pasaron los años con sus respectivos festejos de aniversario como es evidente Flora seguía detestando esas reuniones pero cuanto más crecía más dedicación y empeño ponía en que cada una fuera la mejor

A la mañana siguiente de su vigésimo cuarto cumpleaños después de la respectiva fiesta estaba en su trabajo tranquila tranquilísima Era una mujer que se tomaba su tiempo para todo menos para las

cosas importantes Jeremías un compañero de oficina por el que Flora suspiraba desde hacía tiempo estaba de pie junto a ella pidiéndole una cita No no podía ser cierto Siempre había soñado con que eso sucedería él el más lindo de todo el lugar la había mirado Aceptó sin pensarlo más de prisa que rápido

Mientras estaban cenando entre risas él le dijo que le parecía patético que una persona festejara su cumpleaños si no deseaba hacerlo y que cuando ella habló en tercera persona de una amiga que lo hacía para no atraer a la mala suerte sus risas fueron en aumento

Cuando al año siguiente decidió no festejarlo después de un año de noviazgo con Jeremías comprendió que no pasaba nada No se había caído el cielo y su casa y su trabajo seguían inmutables al igual que su amor por el más lindo de la oficina

Al mes Jeremías y ella rompieron después de una durísima disputa y su vida se desplomó Esa ruptura le hizo tanto daño que incluso tuvo que cambiar de trabajo por uno que le gustaba menos donde ganaba mucho menos pero donde, por lo menos, no tenía que encontrarse con Jeremías. Cuando un año más tarde después de haber repuntado y de acomodar su corazón nuevamente recordó esa ruptura una tremenda carcajada la sacudió el día anterior a la ruptura habían festejado el cumpleaños de Jeremías